

# ECO DEL SEGURO

AÑO. IX.

CIEZA 11 MAYO DE 1913.

NÚM. 417.

## Del Día

Sin darnos cuenta, nos hallamos á la mitad, casi, del brillante y hermoso mes de las flores; del mes dedicado á la Soberana Reina del Cielo; del mes de Mayo.

Y la naturaleza regala nuestros sentidos con los vistosos colores, con que se engalanan y visten bosques, prados, valles, montes, cerros, eriales, jardines y vergeles; con los ricos, variados y embriagadores perfumes que despiden sus policromadas y gayas flores; con los acordados y no aprendidos cantos de las parleras avecillas, que pueblan las arboledas, entre cuyos trinos descuella el de la gentil y mágica fiorena de los bosques.

Todo convida á vivir; toda Naturaleza, contemplada. Llena el pecho de gozos y el alma de dichas; todo proclama, que tan deslumbrantes y portentosos efectos, son producidos, por una primera causa sobrenatural y absolutamente eficiente.

¡Que hermoso es Mayo!

El campo, ¡cuántas delicias en este mes proporciona! ¡Quién pudiera, siguiendo las doctrinas del inmortal Fray Luis de León, vivir en el campo deleitoso, retirándonos de este mundo de ambiciones y de miserias, y, allí, con pobre mesa y con casa pobre, acabar nuestra vida, felices, tranquilos, ni envidiados ni envidiosos!

¡Cuán desventurados los que, por fuerza, hemos de vivir sometidos á las torturas de una vida contraria á nuestra honda manera de pensar y de sentir!

¡Desgraciados aquellos que, sin poder, han de soportar las vanidades, las soberbias, las miserias, las ignorancias supinas de sus semejantes, los que á todas horas hacen alarde de lo que en absoluto carecen, ante el mundo más civilizado!

¡Desgraciados de nosotros, que en nuestra vida no recogemos, á

cambio de nuestro afecto y buena voluntad para cuantos nos tratan, otro premio, que la desconsideración el despego, y el desvío!

La sociedad paga de ese modo, porque la sociedad está mal educada, porque la ignorancia, se erigió en reina de las sociedades, y, desde su trono, reparte dadivosamente, á manos llenas, sus dones, entre los estultos é insipientes, haciéndolos engreirse, á fuerza de lisonjas, de adulaciones y de petulancias, y hechos globos, hinchados á fuerza de oxígeno, en tanto se elevan y una vez elevados, á costa de ageno esfuerzo, miran con desdén, compadecen al que deben su elevación, apóstrofan y recriminan al que los puso en trance de *ser globos*, sin pensar en el daño que causara, y desde la altura, se proclaman dioses; no reconocen sobre ellos otra autoridad que la suya, ni otras leyes que las que ellos dictan, ni otra moral que la que se formaron á su uso; y cuanto más se elevan, á fuerza de arrastrarse, más ansían subir, no pensando, en su ceguera intelectual, que pueden caer al fondo insondable de la conmiseración y del abandono, cuando la luz poderosa de la razón sana queme sus blandas alas de cera, como aconteció al desgraciado Icaro, cuando quiso, en su soberbia, llegar al sol, en hora maldecida, y el sol derritió las alas, y el soberbio é ignorante cayó, para más no alzarse, al abismo insondable de las entrañas profundas del rugiente Ponto, deshechas sus alas y convertidas en polvo su soberbia y su ignorancia.

Los hombres de hoy, los, desgraciadamente, ineducados, los que quieren ser maestros, sin haber sufrido el forzoso y necesario aprendizaje; los que sueñan con ser generales sin haber sido soldados, y profesores sin haber ido á la escuela, y letrados sin conocer el *Digesto*, y sacerdotes sin saber los preceptos del Decálogo, y jueces, siendo enemigos declarados y furibundos de Astrea, y se declaran libres no

teniendo otra libertad que la de Prometeo, estos desgraciados son la primera ruina de la sociedad, por que hablan de lo que desconocen y confunden de modo descarado y censurable, derechos y obligaciones, cargos y datas.

No podemos resistir la tentación de copiar estos versos que leemos en la hoja de almanaque que, casualmente cae en nuestras manos:

«LAS ESPIGAS.

La espiga rica en fruto  
se inclina á tierra,  
la que no tiene grano  
se empina tiesa.  
Es en su porte,  
modesto el hombre sabio  
y altivo el zote.»

¡Que hermoso es Mayo, y cuántas alegrías proporciona al que lo contempla!

R. M.<sup>a</sup> CAPDEVILA.

## La Sílida del Aeneiducto

### Poema Romántico

POF

J. A.

CANTO II

Los votos.

Venció el temor de provocar enojos  
En el pecho de un padre despiadado.  
Llenos de llanto sus hermosos ojos  
Salió de la ciudad, buscó el convento,  
Y el hábito sagrado  
Vistió más con dolor que contento.  
Y como ya cumpliera el noviciado,  
Es fuerza ante las aras religiosas  
Dejar el holocausto consumado  
Con solemne renuncia de los gustos  
Y corruptibles cosas,  
Lejos del mundo entre los hombres justos.  
El corpulento abad con voz sonora  
Que en las capillas cóncavas se espacia  
Mientras el joven agitado llora,  
Le exhorta á consumir el sacrificio,  
Y con unción y gracia  
Contempla el largo llanto del novicio.  
«Aquel que habita de Sión sagrada  
Los santos muros, exclamó, no debe  
A la tierra de Egipto desgraciada  
Volver con el mundano pensamiento;

Porque si atrás se mueve  
Con temerario pié cayó al momento.  
El Señor os admite en sus moradas,  
Estáis dentro del Arca misteriosa  
Dónde las inconstantes oleadas  
Hundiros no podrán enlo profundo:  
El alma aquí reposa  
Libre del mal, con que se infecta el mundo.  
Sea vuestra pureza semejante  
A la del querubín; el leve aliento  
Empaña el cristal terso y rutilante;  
Y si fué, por desgracia, cometido  
Impuro pensamiento,  
Mancha el alma del misero caído.  
Os toca obedecer, tan ciegamente,  
Que jamás la razón ponga en balanza  
Lo que os mandase Dios omnipotente  
Por boca del prelado y vuestro antojo,  
Que el obediente alcanza,  
Hasta templar el celestial enojo.  
El Redentor clavado en un madero  
Desnudo, yerto, pálido, espirante,  
Os marca, sin cesar, aquel sendero  
Que conviene á los místicos varones.  
Permaneced constante  
Y ayudad con puras oraciones.  
Calló el abad. La santa compañía  
Con un canto monótono y pausado  
Entonó lo piadosa letanía,  
Esforzando los monges el acento,  
Que como el ponto airado  
Iba en disminución, iba en aumento.  
Después de breve pausa invocan todos  
Auxilio del Espíritu divino.  
Aquél que un tiempo en milagros modoros  
De la Iglesia sin mancha, y verdadera,  
Sobre el Senado vino  
Para fortificar la fé sincera  
Llega Ricardo á su fatal momento.  
Se aproxima á las aras vacilante  
Y tiembla, como á vista del tormento,  
Un esclavo infeliz temblar pudiera.  
Se muda su semblante.  
Y oprime al corazón angustia fiera.  
Jurar solemnemente en los altares  
Execración y olvido á la que adora,  
A la que mitigaba sus pesares,  
No puede, no, que siempre ha detestado  
La ingratitude traidora,  
Y ni pueda olvidar, ni ser malvada.  
Si quiere hablar, acorde con el labio  
No late el corazón, ni lo consiente,  
Ni puede al alto cielo hacer agravio  
Con vil simulación y con mentira;  
Mortal angustia siente,  
Duda, teme, se atreve y se retira.  
A media voz mezclada con sollozo,  
Promete castidad más ¡ay! entonces  
Desatado del duro calabozo  
Domina el huracán y se golpea,  
Las puertas con sus bronces,  
Cual si impulsadas de las furias sean.  
Un estruendo feroz las expresiones  
Sofoca de la víctima inmolada.  
Se apagan de repente los blandones  
Y retiembla el mármol pavimento:  
Naturaleza airada,  
Si lo escuchó no aprueba el juramento.  
Burlosa amor de la promesa odiosa  
Con maligna sonrisa, y agitando  
Las alas de pintada mariposa,  
Al lanzarse en los brazos de Ciprina,  
El caso fué contando  
Con enojo pueril y voz divina,  
Atónito el prelado, bien quisiera  
Suspender aquel acto religioso  
La ceremonia santa; considera,

